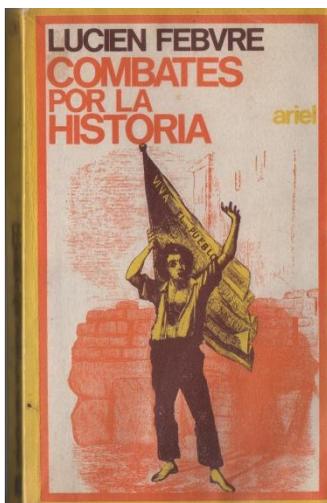


Comentario analítico-crítico de “*Combates por la Historia*”¹

Rosa M^a Guntiñas Rodríguez



Summary: Compendium of 17 articles where Febvre reflects about the history to redeem it of its role of Cinderella. He defines it as a science, abstract and subjective, particular and universal, based on the scientific study, "history lab", of the human events, of the life, from hypothesis, to be understood and solve present problems.

Keywords: History, Science, life, facts, hypothesis, creation

Resumen: Compendio de 17 artículos en los que Febvre reflexiona sobre la historia para redimirla de su papel de Cenicienta, así la define como una ciencia abstracta y subjetiva, de lo particular y lo universal, basada en el estudio científico, "laboratorios de historia", de los hechos humanos y de la vida, a partir de hipótesis, para que sean comprendidos y solucionen problemas presentes.

Palabras clave: Historia, ciencia, vida, hechos, hipótesis, creación.

¹ FEBVRE. Lucien, “*Combates por la Historia*”. Barcelona: Ariel 1970.

1 - Una visión general de “Combates por la Historia”

1.1 - La obra vista por su propio autor

Lucien Febvre (1878-1956), reúne en esta obra, no demasiado densa en páginas pero sí en contenidos, un compendio de artículos, que él llama en el prólogo “Mis virutas”, para prestar algunos servicios a sus compañeros y por eso la titula “Combates por la Historia”, Historia por la que ha luchado toda su vida y para que recordará, según sus palabras, “lo que siempre hubo de militante en mi vida”.

Declarándose en el prólogo, fechado en Le Souget en la Navidad de 1952, como un historiador de corazón y de vocación, por gusto y por deseo, lo que le había llevado, junto con Marc Bloch, a fundar en 1929 la revista francesa “Annales” que va a adquirir un rápido prestigio y en la que va a escribir numerosas páginas que constituyen una reflexión general sobre la ciencia histórica y sobre su crisis pretendiendo ser un espíritu de libre, crítico y de iniciativa en todos los sentidos.

Febvre esperaba, asimismo, que esta recopilación sirviese para iluminar esos años en que tantas angustias les oprimían ya que en la sangre y en el dolor se engendraba siempre una humanidad nueva por lo que, como siempre había acontecido, iba a nacer una ciencia histórica a la medida de esos nuevos tiempos imprevisibles.

1.2 - La obra vista por una historiadora con minúsculas

“Combates por la Historia” es, pues, una recopilación de algunos artículos escritos en diferentes fechas, a lo largo de medio siglo, que guardan relación entre sí pero sin ningún tipo de modificación ni de puesta al día ya que, como advierte el propio autor, lo que pretendía es que todos los jóvenes historiadores que leyesen el libro pudiesen cobrar un sentido exacto de la evolución de las ideas y del incesante cambio de puntos de vista en la Historia.

Su lectura no es, sin embargo, siempre fácil ya que Febvre se muestra como un maestro en el uso del lenguaje y en el dominio y exposición de conceptos e ideas clarividentes para él, tal vez porque son fruto de una larga reflexión, pero que requieren, o más bien exigen, una lectura lenta para poder reflexionar sobre ellas y comprenderlas y, de esa forma, aceptarlas o rechazarlas.

No es, pues, un libro de lectura rápida ni resulta de entrada por ello demasiado atrayente para el público pero a medida que uno se va “metiendo” en él y se va contagiando de esa reflexión sobre la Historia, sobre lo que debe ser la Historia y los historiadores, más y más atrayente le resulta y más y más se siente identificado con él, como si el tiempo se hubiese detenido, en lo que se refiere al cómo deben hacer ciencia histórica los Historiadores con mayúscula como diría Febvre.

2 - La Historia y los historiadores

2.1 - Presentación

A través del análisis de cada uno de los artículos, recopilados en la obra, se va proceder a exponer y a reflexionar sobre las ideas de Febvre pero desde un punto de vista subjetivo conforme a las propias ideas sobre la Historia y sobre el trabajo del historiador de ahí que a siete de ellos se les haya dado un título con el que se pretende expresar tanto el mensaje que quiere transmitir Febvre como la idea esencial que se puede extraer de él; ideas, por otra parte, que en muchas ocasiones no son más que deseos o sugerencias que en algunos puntos, más bien muchos en el terreno ideológico, coinciden con las de Febvre pero que en otros plantean una serie de interrogantes, preguntas y dudas que llevan a pensar que la teoría expuesta por Febvre es muy bonita pero la realidad, normalmente, es realidad y todo lo demás simplemente un hermoso “sueño”.

Por el contrario, del resto de los artículos, dado que son comentarios analíticos-críticos sobre diversas obras hechos por Febvre aplicándoles sus ideas sobre lo que debía ser la Historia y los historiadores, simplemente se van a exponer pero añadiendo el punto de vista personal sobre lo que pensaba Febvre.

Así, del número total de artículos que constituyen “Combates por la Historia”, los seis primeros son una exposición del por qué Febvre eligió la Historia como profesión y de lo que él consideraba que debía ser la ciencia de la Historia y de las “cualidades” y del cómo debía hacer Historia un buen historiador pero a los que hay que añadirles el décimo, una carta de Febvre a un amigo, en la misma línea que los anteriores y todos ellos precedidos de un título que lo dice prácticamente todo.

2.2 - Lo que debe ser o no ser la Historia y los historiadores: “Vida, pasado, historia”

Este primer artículo del libro recoge el discurso de inauguración, “*Examen de conciencia de una historia y de un historiador*”, con el que Febvre se había presentado a sus alumnos del Collage en 1933 y que lo había hecho como un hombre de buena voluntad que pretendía ser y explicar lo que para él debía de ser la Historia y un buen historiador.

Así, empieza criticando la definición clásica de historia como aquello que se hacía con textos ya que, si bien, ello le hizo gozar de un alto prestigio, sin embargo, la guerra la había hecho despertar de ese sueño al acusarla de no haberlo previsto y al darse cuenta que esa historia no era más que una deificación o divinización del presente con ayuda del pasado.

Pero critica, también, esa forma de hacer historia con textos ya que los textos son simplemente una parte del rico material, piénsese en la prehistoria o geografía humana por ejemplo, a partir del cual se le daba forma a la historia, por eso la Historia con mayúsculas no debía limitarse a palabras, fechas y nombres de lugares y de hombres y, asimismo, el trabajo del Historiador con mayúsculas no debía de ser un trabajo sedentario, de oficina y papeleo sino, como el de cualquier científico, de creación, de fabricar con la ayuda de hipótesis y conjeturas, lo que convertiría su trabajo en algo delicado pero, al mismo tiempo, apasionante por el misterio que encierra y sólo de esta forma se podrían establecer los hechos, objeto de la Historia, y después operar con ellos.

No obstante, ver lo que se debe describir es más difícil que describir lo que se ve pues hay que elaborar el hecho y eso es construir, dar solución a un problema o a una interrogante, de las muchas que plantea el estudio del ser humano, ya que si no hubiese problemas no habría nada por lo que la Historia dejaría de tener contacto con la vida y de ser una ciencia y sería un simple compendio o relación de datos.

Aspecto en el que, sin lugar a dudas, hay que darle la razón a Febvre ya que, como el mismo dice, todo historiador debe saber que hay que moverse siempre entre dos planos diferenciados, uno el del conocimiento y el otro el de la acción.

Conocimiento o el saber de los hechos que puede llegar a través de diferentes fuentes de información, entre las cuales, se puede considerar que los textos desempeñan un papel primordial por lo que no se deben despreciar ya que son la principal prueba que puede presentar con frecuencia un

historiador ante el “incrédulo” que cuestiona su trabajo y pone en duda sus postulados y ello lleva al historiador a convertirse, con frecuencia, en una “rata de biblioteca” o en un “adicto al ratón” aunque eso sólo es una parte de su trabajo necesaria, muchas veces imprescindible, aunque no única ya que hay muchas clases de textos tales como tradiciones orales u obras de arte como, por ejemplo, “La Rendición de Breda” de Velázquez o “el dos de mayo” de Goya, que, entre otras muchas, se puede decir que hablan por sí solas.

Pero a mayores, como dice Febvre, ello debe ir unido a la acción, a la creación o más bien recreación de los hechos objeto de estudio, es decir el historiador debe de analizar esos hechos, tratar de dar respuestas, nunca fáciles, a las numerosas interrogantes que se le pueden plantear a él mismo y a los demás lo que le llevará a elaborar hipótesis, a esos “tal vez” o “puede ser”, lo que sin duda lo convierten en un científico, ya que usa sus mismos métodos de trabajo, pero en un científico de una ciencia no exacta como, por ejemplo, sí lo son las matemáticas sino de una ciencia cambiante y variable como la vida misma que es la Historia.

La Historia con mayúsculas se puede definir, pues, como el estudio de los hechos humanos y de ahí, tal vez, su rechazo, su desprecio y su falta de consideración por parte de muchos que la consideran asequible a cualquiera, en una palabra “historiador lo puede ser cualquiera”, lo malo es que muchos se lo crean.

Parece evidente, pues, que la Historia, como sostenía Febvre, no debe de ser algo inmóvil y encorchetado sino la ciencia del pasado humano ya que el objeto de su estudio es el ser humano y éste es recuerdo, es decir pasado entendido como el bagaje mental e ideas que cada cual lleva consigo, por lo que, en último término, debe ser la ciencia de la vida en su más amplio sentido, la ciencia de los hechos humanos y, por lo tanto, de los textos humanos.

Textos que hacen referencia a todo aquello, material e inmaterial, que es la Humanidad por lo que los Historiadores con mayúscula deben suplir con su ingenio todo aquello que no digan los textos y que el olvido, inherente al ser humano, ha dejado postergado en la oscuridad, pero ello conlleva una difícil tarea que requiere del trabajo en equipo y de la colaboración ya que sólo de ese modo se podrá llegar a conocer e interpretar el pasado; pasado, por otra parte, que lo es todo por eso la Historia lo abarca todo de ahí que la magnitud de la tarea hace que sólo se puedan ir resucitando algunas partes determinadas, especialmente aquellas que tienen valor o que despiertan

interés para la sociedad en cada momento concreto puesto que el historiador, como cualquier otro científico, vive en el presente y es a través de él como interpreta y conoce el pasado pues no se acuerda del pasado sino que lo reconstruye ya que no dispone de una “máquina” que le permita viajar en el tiempo.

Así pues, su trabajo le lleva, como en el caso de las otras ciencias, a posturas encontradas y a discrepancias, al yo no comparto esa opinión o el por qué debe ser así y no de otra manera, lo cual no significa impotencia sino la expresión de diferentes puntos de vista ante la complejidad del ser humano y, por lo tanto, la complejidad de explicar sus creaciones teniendo en cuenta que cada ser humano es único e irrepetible.

Artículo que Febvre remata haciendo referencia a unas anotaciones autógrafas de Michelet en las que éste afirmaba que “en la historia sólo vio la historia, nada más”² sin tener partido ni escuela ya que lo único importante son las ideas, la libertad de pensamiento y creación más las teorías o la diversidad de opiniones que hacen avanzar el pensamiento humano aunque llegar a abarcar su totalidad es imposible.

Bonitas palabras y bonitos propósitos, atrayente papel el de la Historia y el del historiador pero ¿alcanzable? o mera ¿utopía?, por lo que, quizás, todo historiador se conformaría con el mero hecho de haberlo intentarlo al menos y de ser recordado como una persona que “*en la historia sólo vio la historia nada más*”.

2.3 - Por qué hay historiadores: “*La pasión por lo desconocido*”

El segundo artículo “*Vivir la historia*” “Palabras de Iniciación”, Febvre lo inicia con estas palabras “me gusta la historia” por eso soy historiador y voy a deciros porque me gusta porque es historia sin más y en su unidad, es decir el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones, captadas en su fecha y en el marco de sociedades extremadamente variadas, de todos los seres humanos pero, a pesar de ello, comparables unas con otras.

Febvre vuelve a insistir, pues, en la idea ya expuesta en el artículo anterior de que la Historia es la ciencia que investiga sobre los hechos humanos y que por eso le gusta, afirmación que debe de compartir todo historiador no por obligación sino por vocación, como persona curiosa y amante del misterio y

² FEBVRE. Lucien, “*Combates por la Historia*”. Barcelona: Ariel 1970, p. 34

del deseo de saber el por qué, cómo y cuándo de los hechos humanos y por ello de buscar y rebuscar para intentar recomponer de una forma razonable y metódica el puzzle o las piezas que pueden dar explicación a un determinado hecho y disfrutar con ello sin importarle nada más, sin esperar ni reconocimientos ni aplausos aunque éstos se agradecerían ya que a toda persona le gusta que se le reconozca su trabajo y, en ese terreno, habría que dar las gracias a Febvre por sus “*Combates por la Historia*”.

Gracias por no haberse callado ni resignado y por haber querido colocar en su sitio una ciencia cuyo objeto son los seres humanos de carne y hueso, los que nacen, viven y mueren sin más, no los abstractos, eternos e inmutables, como dice Febvre, tomando prestada una frase de Pirenne en la que define el ser humano como “un hombre que ama la vida y sabe mirarla” lo que para él sería el prototipo de un hombre completo que está inserto en el marco de las sociedades que ha contribuido a forjar y ello lleva a preguntarse ¿puede haber algo que despierte más interés que el conocimiento del hombre completo?, pregunta a la que cualquier historiador, con independencia de su sexo, responderá, sin lugar a dudas, que no y que por ello es precisamente historiador o historiadora, pero pretender conocer, interpretar al hombre completo es plantear un problema de difícil solución pero eso es precisamente el comienzo y final de una historia, según Febvre, ya que sin problemas no habría Historia, ni ciencia.

La función del auténtico historiador debe ser, pues, plantear problemas y formular hipótesis pero ello lleva a preguntarse ¿qué pasa entonces con el respeto a la objetividad y veracidad de los hechos?, principios con los que se identifican la mayoría de los historiadores y que responden a ese “quiero ser lo más objetivo posible” pasando por alto que la Historia es la ciencia del ser humano y el ser humano no es fácil de conocer, es intentar hacer penetrar lo objetivo en lo subjetivo lo cual no sólo es difícil sino, también, peligroso porque es trabajar con hipótesis y eso parece que le deja desarmado frente a los ataques que se le hacen desde otros sectores, tanto científicos como sociales, ya que ¿si todo lo que hace es interpretar los hechos humanos a partir de una hipótesis? la historia será realmente una ciencia pero una ciencia de lo abstracto y subjetivo lo que no sólo le asusta sino que, también, le obliga a tener preguntarse ¿para qué ser historiador?, y, tal vez, la única respuesta que se puede dar, por parte de cualquier historiador, es la misma que utiliza Febvre al comienzo del artículo porque “me gusta la historia”, porque me gusta reflexionar sobre el porqué de todo, el buscar una respuesta

personal y, por lo tanto, subjetiva y abstracta a todos los hechos de la actividad humana.

Respuesta, por otra parte, que no hay que verla simplemente como algo abstracto sino como algo inherente a los “textos” de los que se toma esa información y que luego el historiador debe de interpretar desde su propio punto de vista, desde su particular forma de ser convirtiendo así ese hecho histórico en algo no sólo abstracto sino, también, subjetivo lo cual es a la vez peligroso y, al mismo tiempo, da miedo por su relatividad dando paso a esos quizás o pueden ser que tanto se utilizan de una forma, más o menos, consciente pese a ello se puede considerar que la llamada historia “papagayica”, en tono despectivo, por el autor, que sólo tiene en cuenta el método y no el contenido, no debe ser desterrada sin más ya que primero hay que interiorizar, memorizar si se quiere, los hechos históricos, secuenciarlos, disponer de unos buenos ficheros mentales para poder luego experimentar lo que Febvre pone en boca de Paul Valéry “ese suspense ante lo incierto en que consiste la gran sensación de las grandes vidas”.

Por eso hay que poner punto final hoy, lo mismo que hace un siglo, a la opinión de que hacer o leer Historia es una pérdida de tiempo ya que la Historia es fundamental en la vida de los seres humanos, aunque sólo sea a nivel “espiritual”, pues ¿quién no siente curiosidad por conocer el pasado?, o ¿el por qué los hechos han sido y son así y no de otra manera?, y eso es la Historia, el problema era que, en el momento que escribe el artículo Febvre, había que renovar sus métodos ya que todas las ciencias los habían renovado motivadas por la revolución de la Física (relatividad, tiempo, masa, ...) y la Microbiología (quanta) que ponía en duda la fiabilidad de los datos de los sentidos, de la experiencia y de lo empírico; es decir, reducía lo físico a lo psíquico lo que había cuestionado la teoría del Determinismo y con ello la vieja Historia clásica basada en los textos y dividida por etapas donde un escalón sucedía necesariamente al otro.

Y de hecho la teoría de la relatividad del espacio y tiempo obligaba necesariamente a todos los investigadores, incluidos los historiadores, a plantear nuevos objetivos, el fin del esfuerzo científico no era ya el conocimiento sino la comprensión, la creación en una palabra, y ese debía ser, pues, el nuevo objetivo de la Historia, crear o recrear el pasado de los hechos del ser humano, idea ya expuesta en el primer artículo y en la que vuelve a insistir Febvre con nuevos argumentos.

Pero el problema era no sólo como hacerlo sino también sus resultados, no serían ¿demasiado heterogéneos?, ¿no sería más un problema que una

solución? al menos de cara al no historiador, ¿habría que hacer dos tipos de Historia?, ¿no supondría un mayor desprecio de la Historia?, incapaz de ponerse de acuerdo consigo misma.

Sea como fuere lo que es innegable es que Febvre tiene razón cuando vuelve a afirmar que la Historia es la ciencia de la vida, de la vida del ser humano, de su perpetuo y necesario reajuste a nuevas condiciones de existencia, de su pasado aunque sólo se puede “despertar” y “crear” ese pasado viviendo la vida de una forma activa ya que sólo así se podrá tener una visión clara de los hechos y, además, nos permitirá saber pensar y si se sabe pensar todo es posible, pero el que sea posible no significa que sea fácil y de hecho ¿cuántos historiadores se podrían incluir en esa categoría? de Historiadores, según Febvre, con mayúsculas.

2.4 - **La fraternidad humana:** “*Un sueño posible*”.

En el tercer artículo “*Cara al Viento*”, “*Manifiesto de los nuevos “Annales”*”, Febvre explica como la revista Annales, en su doble tarea científica y educacional, ha ido cambiando sus títulos como la vida misma, porque vivir es cambiar y así las civilizaciones creadas por el ser humano mueren pero nacen otras nuevas.

Predice, asimismo, la creación de una civilización mundial por lo que hay que codearse con todo el mundo, sean blancos, negros o amarillos, lo cual no quiere decir fraternidad ya que el ser humano es siempre el mismo, con sus virtudes y defectos, y sólo cambia en sus formas externas, en las apariencias pero, a pesar de ello, parece evidente que todo conduce al enfrentamiento sin que las ciencias del hombre (psicología, sociología, ...) hiciesen nada para evitarlo sino más bien lo agravaban porque resaltaban lo circunstancial y no lo universal y espiritual por ello, según Febvre, en un mundo inestable lo único capaz de hacer vivir al ser humano sin miedos era “hacer historia” ya que la Historia comprende y hace comprender el presente por medio del pasado, siempre y cuando los historiadores no sean simples coleccionistas de hechos sino personas cultas, capaces de captar la situación del ser humano en el tiempo (Historia) y en el espacio (Geografía), es decir sepan sumergirse en la vida para resucitar el pasado.

Reflexiones de Febvre que se puede decir que ponen de manifiesto una verdad indiscutible ya que si los seres humanos conociesen y comprendiesen su pasado, si se dicesen cuenta de que todos somos seres humanos, no cabe duda que la fraternidad, el entendimiento sería posible y no una mera utopía

y, además, si el historiador “de verdad” o el Historiador con mayúsculas fuese capaz de hacerse oír no habría problemas y el ser humano caminaría cara a su propio viento, pero ello lleva a preguntarse si ¿la tarea que se le marca al historiador no es excesiva? o como dice Febvre ¿no debería ser una tarea de todos los hombres cultos o eternos? y, por otra parte, ¿cómo combinar el ser humano de carne y hueso con el abstracto e inmutable? y ¿sería posible llegar a ser ese ser completo? del que habla Febvre en el segundo artículo cuando el mismo dice que la Historia debe ser la Historia del ser humano de carne y hueso, la de simples y corrientes seres humanos, categoría en la que debemos incluirnos la mayoría de la Humanidad, y no de “dioses”.

2.5 - La historia mutante: “Miedo o luz”

“*La Vida, Esa Continua Pregunta*”, Febvre dedica este artículo a explicar el por qué los impresionistas habían provocado en él una metamorfosis, una nueva manera de sentir el mundo ya que para él fueron un haz de luz que iluminó la oscuridad, lo mismo que hacen las conquistas de las ciencias que desembocan en auténticas mutaciones del intelecto humano y originan auténticas revoluciones científicas y artísticas.

Pero vuelve a exponer la idea de que es la vida y el ser humano, con sus continuas preguntas e interrogantes, los causantes de todos los cambios de la Humanidad lo que es, por supuesto, innegable pero habría que preguntarse si todo ser humano ¿se da cuenta de ello? y, además, ¿cuántos entienden o desean entender el Impresionismo? o ¿cuántos están dispuestos a aceptar las mutaciones? y ¿cuántos no quieren saber por desidia o miedo?, preguntas para las cuales no hay respuestas concluyentes.

2.6 - La historia como ciencia: “Una historia no risible”

En este artículo titulado “*Por una Historia Dirigida, Las investigaciones colectivas y el porvenir de la historia*” Febvre va a defender la idea de que el porvenir de la Historia, el que fuese considerada o no como una ciencia, estaba en el trabajo en equipo que dejase a un lado el trabajo individual de los historiadores, que esconden sus descubrimientos y que compiten entre sí, y lo sustituyesen por un trabajo coordinado y la cooperación entre ellos, como hacen las demás científicas, y sólo así dejaría la historia de ser algo risible como de hecho lo era y lo sigue siendo para muchos.

Colaboración que, sin lugar a dudas, es absolutamente necesaria pues la Historia, como ciencia de problemas a plantear, sólo puede prosperar mediante el trabajo en equipo, dada su amplitud y complejidad, lo cual no tiene que suponer un rechazo total del trabajo en solitario e individual, siempre y cuando ese trabajo salga a la luz y se dé a conocer, ya que muchas veces los pequeños granos de arena se convierten en una gran montaña.

2.7 - La historia como contenido: “Economía e ideología como fuentes de poder”

En este artículo “*Contra La Simple Historia Diplomática, ¿Historia o Política? (Dos meditaciones: 1930-1945)*”, Febvre critica a los historiadores y concretamente el libro “*La histoire diplomatique de l’Europe-1929* (Henri Hauser) y “*La paix armée*” (colección Armand Colin), que seguían la tradición de centrarse sólo en la capa exterior y olvidarse del contenido.

Es decir, se ocupaban de la política de “Cortes y Gabinetes” y se olvidaban de los diferentes intereses de los grupos y de los movimientos de las opiniones públicas que tenían una importancia cada vez mayor, dada la preponderancia de la economía sobre la política, por ello la historia diplomática que, según Febvre, separa la voluntad de los dirigentes de los intereses de los súbditos no se puede llamar Historia puesto que la diplomacia es el medio que emplea el mundo para satisfacer sus pasiones o ansias de poder y de riqueza junto con el ejército, la corrupción y la propaganda de ahí que los “móviles de los gobernantes” no sean más que anécdotas y quien dirige realmente el mundo no son ni los diplomáticos ni los políticos sino lo que él llama los técnicos de la materia, fabricantes y negociantes, y los técnicos del espíritu, como escritores y moralistas, es decir razones de tipo económico e ideológicas.

Opinión con la que hay que mostrarse totalmente de acuerdo, sin ningún tipo de objeción, ya que no puede hablarse de simple historia diplomática, al menos en el momento actual, sino de todo un complejo juego de intereses que manejan los hilos de la Humanidad y ante los cuales los seres humanos nos hallamos indefensos; poderes fácticos que hacen y deshacen en la sombra, ahora y siempre, a su gusto y antojo, manipulan mentes y compran voluntades, y, en este aspecto, la figura del Historiador podría jugar un gran papel ya que el estudio comprensivo del pasado, desenmascarándolo o desmitificándolo cuando sea necesario, debía servir para evitar los errores del presente y del futuro.

2.8 - La historia universal: “El todo o partes”

“*Contra El Espíritu De Especialidad, Una carta de 1933*”, el artículo es una carta que Febvre escribe a un amigo que había rechazado su invitación a participar en la elaboración de la “*Encyclopédie*” porque creía que la Geografía no tenía lugar en ese proyecto.

Pero Febvre le responde que lo que la obra quería proporcionar o reflejar era el espíritu de la unidad científica para lo que era necesario la contribución de las diferentes especialidades o, más bien, la especialidad era una necesidad práctica ya que el conocimiento era necesario y éste necesitaba de la especialidad, conocimiento que, por otra parte, sólo tendría valor humano por medio de la unidad científica.

Lo que equivalía a decir que la “*Encyclopédie*” debía de ser la casa común de todos los científicos y artistas, la suma de lo local y lo universal para completarse y aclararse recíprocamente lo que, a su vez, provocaría que estuviese en una continua evolución o cambio.

Opinión o afirmación a la que es evidente, una vez más, que no hay nada que objetarle pues es obvio que la suma de las partes hace el todo y, también, que a partir del todo se pueden comprender mejor las partes y lo mismo se puede decir del hecho de que el conocimiento esté en evolución continua.

3 Varios ejemplos de lo que no debe ser un libro de Historia

3.1 - Presentación

En los siete restantes artículos, recopilados en el libro, Febvre hace un análisis y crítica de diferentes libros de historia, análisis basado en sus ideas sobre lo que debe ser la Historia y el trabajo de los historiadores y ninguno de ellos le merece el aprobado a excepción del librito inacabado de su amigo Marc Bloch y cofundador con él en 1929 de “*Annales*”.

Ideas, por otra parte, que ya había dado a conocer en los artículos anteriores y que él aplica a la hora de hacer el análisis crítico de cada uno de esos libros y que le llevan a aceptar o rechazar la obra y, si bien, encabeza cada artículo con un título que se puede decir que “habla por sí solo”, sin necesidad de más explicación, pero ello no es eximente para poder proceder a hacer un comentario analítico-crítico de los mismos tal y como se va a exponer a continuación

3.2 - La no historia

- *“Por La Síntesis Contra La Historia-Cuadro”, “Una historia de la Rusia moderna”, ¿Política en primer lugar?*, en este artículo Febvre critica a Seignobos porque en su obra *“Histoire de Russie”* no había sabido, ante la falta de documentos, ingeniárselas para reconstruir el pasado por lo que no había sabido escribir una Historia viva o de la vida, la labor que realmente debía de desempeñar como historiador y no la transcripción de documentos, sino simplemente, en palabras de Febvre, una historia-cuadro o historia-manual.

Historia viva que, según él, es algo posible cuando se saben usar disciplinas convergentes aunque habría que preguntarse sin el apoyo de la documentación ¿qué pasado y cuántos se reconstruirían? o ¿a qué nos llevarían opiniones diferentes y contradictorias?

- *“Contra El Inútil Torneo De Las Ideas” Un estudio sobre el espíritu político de la reforma*”, artículo en el que crítica la obra de M. Lagarde, *“Pensamiento político de la Edad Media”*, porque se limita a intentar comprender a los seres humanos a través de una selección aleatoria de ideas tomadas de varios libros, redactadas de nuevo y apoyadas por citas que nada dicen porque lo dicen todo por lo que donde está, según Febvre, la Historia viva y personal.

Crítica, también, su pretensión de querer abarcarlo todo cuando un buen Historiador debe limitarse a algo concreto, dada la complejidad del ser humano y las diferentes circunstancias que le rodean en cada momento, para poder llegar a comprender a fondo el tema de su estudio tarea, por otra parte, hartamente difícil para el historiador y, con frecuencia, inalcanzable.

- *“Ni Historia De Tesis Ni Historia-Manual, entre Benda y Seignobos*, en este artículo analiza la obra de Benda *“Fin de l'éternel”* y de Seignobos *“Historia de la nación francesa”*.

Análisis de la obra de Julien Benda que le lleva a criticar, una vez más, la pasividad de los historiadores que se empeñan en seguir el axioma de Fustel de que “la historia se hace con textos” de ahí su pereza que les impide apasionarse, vivir y comprender los hechos, tener “espíritu” o “don” de historiador o lo que es lo mismo ese conjunto de aptitudes y actitudes especiales que debe reunir cualquier científico de cualquier especialidad aunque, en el caso de la Historia, parece que no existe el “no apto” cuando

de hecho el buen historiador necesita primero espíritu, don” y, además, cultura o conocimientos y material diverso no restringido sólo a los textos ya que cuando se carece de éstos se puede recurrir a los que se pueden llamar textos humanos no escritos como, por ejemplo, nombres de lugares, sepulturas y un largo etcétera siendo lo único necesario el ser activo e ingenioso.

El buen historiador o el Historiador con mayúsculas es aquel, pues, que sabe suplir, sustituir, completar, comprender y hacer comprender pero ello es sólo el comienzo; no obstante, mientras no avance por ese camino se les seguirá ignorando y las editoriales continuarán inundando el mercado de libros de “vidas novelescas”, de “indiscreciones o revelaciones de la historia”, libros de gran éxito entre el público pero que tienen poco de Historia auténtica, aseveraciones, por otra parte, que en el siglo XXI siguen siendo igual de válidas

Críticas y opiniones de Febvre que, sin embargo, comparte con Benda la idea de que el Historiador debía tener en cuenta que por encima de la voluntad individual está la voluntad de los grupos puesto que cada ser humano se desarrolla en y por los grupos, pero no acepta la opinión de que las masas o los “hombres oscuros y anónimos” sean difíciles de conocer en la intimidad de sus pensamientos, siempre y cuando, se sepa leer más allá de los simples datos que ofrecen los textos lo cual siendo realmente difícil de conseguir no por ello, como sostenía Febvre, era algo imposible a pesar de que, incluso dentro de un mismo grupo, existen muy diferentes mentalidades determinadas por diversos factores como los intelectivos, culturales, sociales y otros varios que condicionan la vida de cada ser humano.

Y de hecho, el propio Febvre va a defender, en otro artículo, la idea de que el ser humano es uno e individual y que, además, somos demasiados por lo que hay que “generalizar”, “organizar” y “ramificar” la Historia en diferentes especialidades como, por ejemplo, historia política, diplomática, etc., pero, a pesar de ello, hay que ser consciente de que todas ellas son sólo diferentes partes de un todo y que realmente la Historia tiene mucho de “arbitrario” y muy poco de “simple”.

La obra de Seignobos, sin embargo, no le merece ninguna consideración empezando por el uso que hace del epíteto sinceridad para aplicarlo al estudio de los hechos humanos ya que uno puede ser sincero consigo mismo, dice Febvre, pero nada más acusándole, también, de generalizar pero de olvidarse de lo particular y de despreciar la hipótesis ya que la vida, en su continuo ir y venir, es lo que debe llevar al historiador a tomar conciencia

del movimiento y la relatividad de la Historia, es decir Seignobos, según Febvre, se había propuesto crear un libro de educación popular pero sólo eran tres o cuatro ingeniosidades en 520 páginas a través de las cuales no hace entrar al lector en la piel del hombre de antaño, ni descubre nada nuevo lo que hace que la historia sea despreciada al desacreditarla.

En una palabra Seignobos, según él, había ignorado la práctica y los métodos de las ciencias que deben de consistir en establecer hechos o hipótesis y luego analizarlas y exponer los resultados, tarea difícil y, posiblemente, al alcance sólo de unos pocos hombres y mujeres en todas las ramas de las ciencias.

- “*Y En Todo Eso ¿Dónde Está El Hombre?*”, en este artículo procede a analizar el manual “*Démocraties et capitalisme*”, y critica de nuevo el que se trate de una obra “papagayica” sin misterio y sin vida, el típico “manual cerrado” que se limita a describir los hechos desde fuera, el típico libro clásico para los niños de las escuelas, y por ello inoperante ya que falta el hombre, es decir el ser humano.

No obstante, reconoce que la culpa es de los profesores ya que cada cual suele hacer lo que se le ha enseñado y ello lleva a preguntarse si, a su vez, los profesores ¿no hacen lo que le enseñaron? o bien ¿lo que son capaces de hacer o se les permite hacer? por lo que, tal vez, lo que pretendía o le gustaría a Febvre es que los historiadores fuesen “dioses”.

Por otra parte, si bien, Febvre parte de la base de que hacían falta en las escuelas libros bien hechos para los niños que les obligasen a pensar por sí mismos, a partir del estudio de determinados hechos históricos, no obstante, los libros, que él llama “manuales cerrados”, ya no serían necesarios a partir de los 17-20 años pues el alumno debería ser capaz de comprender la Historia por sí mismo, a partir de diferentes fuentes de información, es decir debía ser capaz de crear o recrear los hechos históricos entendiendo por creación la capacidad de razonamiento y discernimiento.

- “*Contra Los Jueces Suplentes Del Valle De Josaftat*”:

I- Camille Desmoulins: *¿Historia o Requisitoria?*, en este artículo Febvre denuncia que la función de los historiadores, a diferencia de Desmoulins, debe ser comprender y no juzgar según su propia ideología ya que es muy difícil discernir entre determinados conceptos como, por ejemplo, bueno-

malo, verdad-mentira o justo-injusto, función realmente encomiable y a la que nada se le puede objetar salvo la dificultad de poder ser “neutral”.

II- Un libro exasperante sobre la revolución, “*Lutte de classes sous la première République*”, artículo en el que Febvre critica a Guérin por ser un fanático al servicio de unos determinados ideales y porque, a su vez, crítica a todos los historiadores burgueses porque todos ellos ocultaban algo, todos eran idiotas o estaban vendidos y sólo él (Guérin) se libraba del “capullo de la democracia burguesa”.

Y, si bien, el libro es para Febvre una investigación vibrante y viva, sin embargo, no descubría nada nuevo al decir que la Revolución Francesa había sido una revolución burguesa y un simple esbozo de una revolución proletaria. Sólo ve en la obra injurias y eso le molesta, no es propio de alguien que quiera llamarse Historiador, para él el idiota o vendido es Guérin.

Vuelve, pues, a defender la idea de que todo Historiador con mayúsculas debía de ser neutral pero ¿hasta qué punto uno puede ser neutral u objetivo?, ya que todo ser humano vive su propia vida y tiende a ver y a juzgar todo desde su propia y personal realidad.

- “*Sobre Una Forma De Hacer Historia Que No Es La Nuestra, La Historia Historizante,*”, es un análisis de un libro de Halphen, “*Introduction à l’histoire*”, que para él más que una introducción es una defensa de la Historia ante los ataques que está recibe, alaba a su amigo por su forma de hacer historia, forma que Henri Berr ha bautizado de forma afortunada como “historia historizante” ya que deja a un lado la historia universal, a la musa griega Clio que bajo los pliegues de su peplo encierra todas las formas, y piensa sólo en una cierta forma de historia, forma defendida por Febvre ya que es la historia que se basta a sí misma y que pretende bastar al conocimiento histórico, es decir la ciencia de los hechos particulares que deben ligarse y coordinarse entre sí para poder analizarlos en profundidad y, a partir de ellos, poder analizar los cambios políticos, sociales, etc., que había experimentado y seguía experimentando la Humanidad lo que él llama “historia comparada”.

El libro, además, daba las pautas de trabajo que debía de seguir un auténtico historiador y que no son otras que establecer los hechos, coordinarlos u operar con ellos y exponerlos, pero Febvre discrepa de Halphen en que no es el pasado el que nos da los hechos sino que éstos deben ser forjados por el historiador, es decir el historiador debe partir de una hipótesis personal de

trabajo, el pienso que eso pudo ser así y voy a intentar demostrarlo, pero para el propio Febvre eso era el problema capital de la Historia y era discutible pero no por ello se debía eludir.

En una palabra, historia historizante o de una sola parte de la historia o historia hipotética y experimental que, como las demás ciencias, parte de hipótesis no arbitrarias pero sí preconcebidas, a través de la elección de unos hechos, analizando e interpretando posteriormente los resultados ya que hay que tener en cuenta que el ser humano, objeto de la Historia, es algo que hay que pensar y explicar y por ello, también, sus hechos.

Pero al dilema o elección que plantea Febvre no se le puede dar una respuesta fácil puesto que el poder llegar a dar una respuesta convincente o entendible al ¿por qué? de todo es prácticamente imposible aunque, probablemente, la historia historizante sea más “creíble” y fácil de entender, al basarse en la recopilación de hechos, mientras que la historia hipotética y experimental sea más atrayente y difícil de entender, al buscar los ¿por qué? y la necesidad de comprender, ya que es más bien la labor de un detective aunque se puede decir que es más peligrosa y puede llevar al descrédito y a la ciencia-ficción. No obstante, por qué no utilizar las dos ¿sería factible? y la respuesta de cualquier Historiador con mayúscula sería, sin lugar a dudas, un rotundo sí afirmativo.

- “*Dos Filosofías Oportunistas De La Historia*”, de Spengler a Toynbee,

Febvre analiza, en esta ocasión, la obra de Toynbee “*A Study of History*”, libro complejo compuesto de 20 volúmenes y para él positivo y negativo a la vez, criticando que desde hacía algunos años hombres notables (poetas, novelistas, ...) comprendían todo aquello que los historiadores no habían sido capaces de comprender y expresar en años de estudio exclusivo de la historia.

Análisis que hace a partir de la obra de Spengler “*Der Untergang des Abendlandes*” que pretendía ser una historia totalitaria que a través de la exposición del nacimiento, crecimiento y muerte de las culturas pusiese punto final al atomismo que dividía la historia en una serie de ramas que se ignoraban mutuamente.

Una historia totalitaria escrita por técnicos y sólo para los técnicos pero lo único, según Febvre, que había hecho Spengler había sido establecer una serie de relaciones en un lenguaje asequible al hombre culto normal y de ahí su éxito.

Éxito al que había contribuido el hecho de que el alemán había descubierto una historia a su alcance y en la que se le anunciaba la decadencia de la civilización occidental por lo que se debía forjar la materia prima de la que debían surgir nuevos grandes hombres creadores de una nueva civilización lo que encajaba perfectamente con el programa político del nacional-socialismo.

Por otra parte, según Febvre, su éxito se debió a que va a ser visto como un profeta cuando augura que las máquinas perderían a Europa ya que las razas de color aprenderían a forjarlas y las utilizarían contra ella y no por ser un historiador analista o deductivo; no obstante, Spengler va a perder la estima general en cuanto los nazis se hicieron dueños del poder y él pasa a calificarlos “como niños inmaduros eternamente excitados” que se jactan de su victoria sobre el individualismo y de poder conseguir la paz mundial.

Y ello lleva a Febvre a considerarlo no como un historiador sino como un hombre de palabra fácil, un seductor, que se había creído poseedor de la llave mágica que abría, a su vez, la llave mágica del pasado y, también, la del porvenir.

Toynbee, a su vez, va a hacer lo mismo diez años más tarde para el público inglés aunque él, según Febvre, no era un doctrinario como Spengler pero ambos coincidían en criticar en sus libros, con los mismos argumentos o elementos críticos, la ineficacia de los historiadores y la falta de elementos constructivos habiendo presentado, asimismo, ambos sus obras como una filosofía original de la historia y de presupuestos políticos.

Así, si bien, Toynbee había sustituido la historia de las naciones por la de las civilizaciones que él fija en veintiuna, sin embargo, lo mismo que Spengler establece que la ley que rige todo es una ley de vida, la ley eterna de la Intimación y Adaptación, lo cual no siempre es cierto ya que, según Toynbee, la evolución de la sociedad se debe a los “genios” que van por delante de los tiempos lo que les hace, a veces, fracasar mientras que, por el contrario, la masa es inactiva.

Pero, según él, había que tener en cuenta que la evolución de las sociedades se hace asaltos, lo que él denomina Retirada y Retorno, a través de expansiones bruscas seguidas de reposos que preparan nuevos saltos, es decir un ir y venir incesante como la vida misma y en la que los genios y la masa se contraponen y, a la vez, se complementan.

Aspecto este último en el que Febvre le da la razón a Toynbee por considerar miopes a los historiadores que se negaban a ver que su país era un

simple elemento de la totalidad pero, a pesar de ello, para Febvre las 1.300 páginas de su obra sólo tenían de original las tres o cuatro tesis siguientes:

1ª) Optimismo cosmológico, según el cual, la significación de las diferentes civilizaciones sólo se revelará en otro mundo, tesis que lleva a preguntarse ¿cuál?

2ª) Historia vital.

3ª) Método comparativo de las civilizaciones pero se opone a los especialistas aunque reconoce, al mismo tiempo, la heterogeneidad de las civilizaciones por lo que habría que preguntarse sin especialistas ¿cómo se va a comparar? y de hecho el propio Febvre le objeta que, teniendo en cuenta que todo hecho histórico y toda vida son únicos, ¿cómo compararlas? a lo que Toynbee responde que la comparación es posible, a través de los elementos comunes que presentan todas las sociedades, a lo que, a su vez, Febvre replica que por supuesto se debe comparar pero como historiadores y no para fabricar extraños conceptos abstractos, que relacionen entre si lo no razonable, sino para poder sustituir por plurales esos singulares con conocimiento de causa, película a película, poco a poco y no los 6.000 años que Toynbee pretendía hacer con sólo una centena de datos sacados de algunas memorias de especialistas lo que Febvre considera una audacia.

Frente a ello Febvre va a defender la idea de que el auténtico historiador debía ser a la vez especialista y sintetizador, ser capaz de generalizar en lo concreto, sin preocuparse de abstracciones hechas en serie, y ello debía de ser la cumbre última del historiador y la más difícil, no alcanzable por todos y, además, los que logran alcanzarla no lo hacen de un salto sino poco a poco por lo que no se puede captar la vida comparando a la vez, como había hecho Toynbee, las veintiuna civilizaciones, eso era anacronismo, no existe una vida en abstracto sino diferentes vidas en plural.

En resumen, para Febvre la obra de Toynbee no ha echado nada por tierra y lo que aporta de nuevo no servía para redimir a la Historia de su papel de Cenicienta entre las ciencias humanas, y remata diciendo que sabe que el impulso en los últimos años de ciertas ciencias, en especial la Física, ha provocado una crisis general y profunda de las concepciones científicas por lo que el historiador debía cambiar sus ideas y métodos pero debía hacerlo mediante una labor prudente y difícil y no echarse en brazos de milagrosos que se creen capaces de solucionar el problema por sí solos y en el breve espacio de su vida.

- “*Hacia Otra Historia*”, Febvre comenta el librito, “*Apologie pour l’histoire*” o “*Métier d’historien*”, inacabado de Marc Bloch, judío y miembro de la Resistencia fusilado por los alemanes, que para él es una reflexión sobre la Historia, no un alegato a favor de la Historia, sobre su legitimidad, tanto ante los otros historiadores como ante la civilización occidental, en el contexto de un mundo en el que la revolución científica y la técnica había originado un gran desdén por la Historia considerándola una pérdida de tiempo.

Marc Bloch comunicaba a sus contemporáneos, a través de ese librito, su experiencia, lo que representaba para él su trabajo, los fines que se proponía y lo hacía no como un pedante sino como un hombre que trataba de comprenderse a sí mismo.

Pero era, asimismo, una revisión crítica sobre lo que no debía ser o pensar la Historia ante lo cual cabe preguntarse ¿qué es la Historia? pregunta a la que Marc Bloch no responde ya que, según él, las ciencias, lo mismo que los seres humanos, ante todo necesitan de libertad por lo que son indefinibles y respecto a la Historia no hay definición capaz de definir una ciencia que tiene por objeto el hombre en el tiempo, en ese cambio continuo y perpetuo en el que se conjuga pasado, presente y futuro puesto que el presente sólo se puede juzgar a través del pasado y, a su vez, el pasado sólo se puede comprender a través del presente por lo que ambos están interrelacionados y condicionando el futuro.

Pensamiento con el que se identifica plenamente Febvre pero añade que llegará un día en que se hable de “laboratorios de historia” ya que es necesario el trabajo colectivo, capaz de buscar en la Historia elementos de solución para los grandes problemas que la vida plantea a las sociedades y civilizaciones.

Laboratorios de Historia que permitirán una mayor rapidez en la busca de lo desconocido, de la comprensión y para él esto no será una mecanización del Saber, de la Historia, sino algo necesario en un mundo en que cada año vale por diez sino que, simplemente, será una técnica ya que la Historia se hace con documentos escritos pero, también, con todo lo que el ingenio del historiador le permita utilizar, en una palabra “con todo lo que siendo del hombre depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las formas de ser del hombre” (sic).³

³ FEBVRE. Lucien, “*Combates por la Historia*”. Barcelona: Ariel 1970 p: 232.

Así pues, el Historiador con mayúsculas se debe arriesgar, equivocarse y volver a empezar lo que, sin lugar a dudas, es la parte más apasionante de su trabajo que Febvre define como “esa especie de embriaguez que da el caminar por una estrecha divisoria, entre verosimilitud y fantasía, pura invención y constatación” (sic),⁴ ya que cualquier dato, cualquier detalle puede servir para no tener que decir “no lo sé” lo “ignoro”.

Tarea realmente apasionante pero cabe preguntarse ¿se puede crear como los dioses?, ¿no se les acusara de charlatanes de feria? o acaso ¿poseen una bola de cristal de adivinos? o, simplemente, son y somos seres humanos con complejo de inferioridad, niños que sueñan con un imposible.

4 - CONCLUSIÓN

A modo de conclusión lo único que puedo añadir es que este “viaje” a través de “Combates por la Historia” no ha sido nada fácil ya que es un viaje, nada más ni nada menos, por toda una larga y fecunda vida de un Historiador con mayúscula, visto por una historiadora, con minúsculas, que después de muchos años de “oficio” se tuvo que enfrentar a ideas, conceptos y términos que creía tener enterrados desde hacía mucho tiempo pero su sorpresa fue que en su subconsciente los mantenía vivos y que el olvido sólo era aparente y así la relectura de “*Combates por la Historia*” acabó convirtiéndose, al menos mientras duró, en un ejercicio mental altamente satisfactorio y gratificante ya que de nuevo, como si no hubiesen pasado los años, mi mente se recreó en conceptos como:

La Historia es la vida misma, la recreación y el despertar del pasado, la suma de lo individual y lo universal, de lo particular y lo colectivo, mutación y cambio continuo, pasado, presente y futuro y por ello una Ciencia, abstracta y subjetiva, de lo particular y lo universal, que se ocupa del estudio científico de los hechos humanos, hechos que debe comprender pero no juzgar según su propia ideología, ciencia de problemas a plantear, de hipótesis dada la complejidad del ser humano de ahí la necesidad de la colaboración, de “laboratorios de historia”, es decir una Ciencia con mayúsculas pero, como dijo Marc Bloch, indefinible.

Por ello el Historiador auténtico debe ser un especialista y un sintetizador a la vez, ser capaz de juzgar y comprender, de generalizar a partir de lo

⁴ FEBVRE. Lucien, “*Combates por la Historia*”. Barcelona: Ariel 1970 p: 233.

concreto, de comprender el pasado por el presente y el presente por el pasado y no un simple coleccionista de hechos ya que es un ser vivo que vive la vida y, por lo tanto, debe vivir una vida activa y vivir es cambiar.

Bonitas ideas y bonitas palabras pero ha llegado el momento de despertar ya que debo darle una vez más la razón a Febvre cuando dice que el libro es para jóvenes historiadores pues, una vez rematada su lectura, al lector ya maduro en años no le queda más remedio que “despertar”.